

Vía Crucis de la solidaridad

I. Jesús es condenado a muerte por su forma de vida

Dios, todo clemencia, tú no condenas nunca a nadie.
Ayúdanos a mostrar tu amor por toda la humanidad.

No podemos mirar hacia atrás, pensando que todo lo anterior fue mejor. Lo único que tenemos es el presente, para reflexionar, para construir, para mejorar.

Pero podemos aprender del pasado, de las personas que nos han dado un testimonio de vida, entre quienes, en primer lugar, está Jesús de Nazaret. Él se desvivió por los hombres y mujeres que estaban condenados por orden de las autoridades religiosas y políticas de su tiempo. Y este compromiso vital es el que le llevó a ser condenado a muerte. El ejemplo y el Espíritu de Jesús es el que nos invita y ayuda a seguirle, desde la cercanía a quienes se les condena hoy:

por decir la verdad, por practicar la justicia, por anunciar la liberación;
por tener otra ideología, otra forma de pensar, otra religión;
por tener otro color de piel, otra raza, otra orientación sexual;
por ser mujer en una sociedad violentamente machista;
por quienes intentan alternativas al actual sistema social y económico;
por predicar el diálogo, la paz contra quienes sólo practican la violencia y el terror. (otras formas de condena...)

Oración:

Tú eres un Dios de Amor, que no condenas a nadie,
y quieres que todos nos ayudemos y liberemos juntos.
Ayúdanos a trabajar y comprometernos
a no juzgar nunca a nadie, a mostrar indulgencia,
y a eliminar toda clase de condenas injustas,
siguiendo el ejemplo de Jesús de Nazaret. Amén.

II. Jesús carga con la cruz

Dios nuestro, eres el incomprensible misterio en el dolor de los crucificados.
Que sepamos mirar y atender el dolor de los demás antes que el nuestro.

Después de ser condenado injustamente (como tantos maltratados a lo largo de la historia, en los tribunales, ante los poderosos económica, cultural o socialmente) por el poder religioso y político, Jesús es torturado, insultado, violentado y cargado con el instrumento de su ejecución. Al igual que millones de personas que han tenido que llevar a la fuerza una cruz impuesta durante su vida, que han tenido que soportar el dolor de la marginación, de la violencia, de la opresión, del desprecio. En nuestros días siguen siendo presas de una cruz, muchas veces impuesta:

las mujeres tratadas como esclavas o como mercancía;
los niños y niñas violentados por los pedófilos y por el turismo sexual;
los perseguidos políticamente;
los enfermos crónicos, terminales;
los ancianos relegados al olvido;
los enganchados a la droga, al alcohol, al juego, al consumo compulsivo. (otras formas de dolor...)

Oración:

Fuente de toda bondad:

Tú no deseas el dolor de los seres humanos,
sino su felicidad y el gozo de vivir con y para los demás.
Danos fuerza y valentía para luchar contra toda clase
de dolor y que sepamos curar, consolar, calmar,
superarlo con el bálsamo del cariño y el servicio. Amén.

III. Jesús cae por primera vez

Padre nuestro, Tú respetas siempre nuestra libertad.
Pero, si caemos, sabemos que nos vas a ayudar a levantar.

Jesús es el hombre libre por excelencia. Libre ante los romanos, los sacerdotes, los escribas, los fariseos; libre ante los prejuicios y los miedos; libre ante su propia familia; libre ante las exigencias de sus discípulos. “Donde está el Espíritu allí hay libertad”. Jesús estaba lleno del Espíritu de Dios, que le enseñó el camino de la libertad: servir por amor a los demás. Ahí reside la más alta libertad. Aunque a veces caigamos, nos den la espalda, se resienta la amistad, suframos decepciones, sabemos que la ternura de Dios y el amor vencerán sobre las dificultades del camino de la vida. En nuestra existencia hay situaciones en las que caemos y nos impiden la libertad:

los miedos al qué dirán, a dar un testimonio contracultural;
el que el sentirnos débiles, pecadores, nos impida seguir creciendo;
el catalogar a cualquier persona por la primera impresión;
ante el primer tropiezo, la primera dificultad, tirar la toalla;
que la propia familia, los amigos, sean el corsé de nuestra libertad;
el no saber rectificar, aunque haya que ceder, actuar con humildad, pedir perdón. (otras formas de falta de libertad...)

Oración:

Espíritu de Libertad, sé tú el aliento
que nos impulse a buscar sin descanso
la auténtica libertad en nuestras vidas.
Que sólo se alcanza en plenitud
(y a la vez la auténtica felicidad)
cuando se vive como servicio gozoso
y desinteresado por los demás. Amén.

IV. Jesús se encuentra con su Madre

María, tú nos muestras la profunda humanidad de Dios.
Y , a la vez, aunque siempre oculto, su rostro materno,

Muchas veces, por los rasgos, por los gestos, por la forma de mirar y de actuar, nos dicen: “Se parece a su madre”. Si Jesús se comportó con los demás de una forma determinada, si oraba y se dirigía a su Padre con tanta familiaridad, si decidió emplear su vida en curar y atender, con solicitud de hermano a los demás para acercar el Reino de Dios, es porque lo había mamado en su casa de Nazaret, por el ejemplo de su padre y su madre. El ejemplo de sus padres le impulsó a dejarlo todo, salir a los caminos de Galilea y formar una comunidad de amigos y amigas que le ayudaran a cambiar su mundo. Ésta se convertirá en su verdadera familia, la de quienes cumplen la voluntad de Dios. Y, entre éstos están, en un lugar destacado, José y María. Jesús se sigue encontrando hoy con su madre:

en las miles de mujeres que engendran, acompañan y defienden la vida;
en las mujeres maltratadas, vendidas, violadas, asesinadas por la violencia machista;
en las mujeres que se esfuerzan día a día por cambiar su mundo;
en las mujeres que luchan con dignidad por salir de la pobreza;
en las mujeres que trabajan por la liberación de otras mujeres;
en los hombres que las acompañan en este difícil y hermoso camino. (otras formas de encuentro...)

Oración:

María, tú que engendraste a Jesús con amor
y plasmaste en él tus rasgos y los de su padre José,
ayúdanos a seguir a Jesús, a recrear sus pasos
en el mundo de hoy, escuchando a su Espíritu,
compartiendo en comunidad la fe y la vida,
para acercar el Reino de Dios a nuestro mundo. Amén.

V. Simón de Cirene ayuda a Jesús

Dios nuestro, tú eres el consuelo para los abatidos.
Cuando nos hacemos prójimos de los demás.

Jesús dedicó toda su vida a sanar las heridas del cuerpo, de la mente y del espíritu, reintegrando a esos hombres y mujeres a la sociedad, recuperando su autoestima, para que se sintieran orgullosos de ser hijos e hijas de Dios. Él fue el samaritano que recorría los senderos en busca del necesitado. El prójimo

es esa persona a quien yo salgo al encuentro antes de que me lo pida, a quien dedico mi tiempo, mi dinero, mi ayuda, mi cariño. Jesús nos enseñó que quien viste al desnudo, da pan al hambriento, libera al cautivo, trata con cuidado a la naturaleza, se conmueve ante los más vulnerables, es el bendito de su Padre. Éste no nos pedirá credenciales ni afiliaciones, excepto la de haber actuado siempre con amor hacia los otros y hacia el entorno ecológico. Simón de Cirene siempre estará:

en esos amigos, en quienes puedes descansar sin sobresaltos y sentirte seguro y aliviado;
en esa persona que te escucha y alienta cuando los ánimos decaen;
en la comunidad con la que se comparten los éxitos, los fracasos, las dudas y las alegrías;
en los hombres y mujeres que lo comparten todo, más allá de ideas religiosas o políticas;
en las personas y grupos de solidaridad que intentan eliminar las causas de las injusticias;
en el gesto amable, cercano, pequeño, cotidiano, que invita a la sonrisa y a creer en la humanidad.
(otras formas de hacerse prójimo...)

Oración:

Dios nuestro, oculto en el prójimo caído en el camino,
te pedimos que sepamos pararnos
cuando veamos a alguien herido, deprimido,
sin fuerzas, oprimido, despreciado,
y que curemos sus heridas con el amor,
la solidaridad y el cuidado,
virtudes éstas que provienen de ti. Amén.

VI. La Verónica enjuga el rostro de Jesús

Dios mío, desfigurado tantas veces por el dolor y la sangre.
Muéstranos tu rostro oculto tras el misterio del mal.

A veces, en los detalles más nimios se transparenta la bondad, la ternura, la solidaridad real con el ser humano sufriente. Un destello de divinidad en medio de las sombras de nuestro mundo. Una franja de esperanza que aviva el espíritu alicaído. Un vaso de agua, una caricia, una sonrisa, un regalo inesperado, algo que representa mucho para ti y lo compartes, aporta más ilusión que muchas promesas incumplidas a las que se las lleva el viento. De nuevo es una mujer la que se acerca a Jesús y le enjuga, le refresca el rostro. En los Evangelios no figura ninguna palabra de reproche de Jesús hacia las mujeres. Éste es el gesto que mejor define al seguidor de Jesús: devolver al rostro deformado de quienes sufren, la imagen original de hijos e hijas de Dios. La Verónica sigue enjugando los rostros hoy por medio:

de los educadores que ayudan a descubrir las mejores cualidades de los jóvenes;
de los voluntarios que se entregan para calmar y/o eliminar el sufrimiento de la humanidad;
de los sacerdotes, misioneros/as, religiosos/as que ayudan a descubrir el verdadero rostro de Dios;
de los padres y madres de familia, que educan a sus hijos e hijas en los valores profundos del ser humano;
de los médicos que intentan evitar o paliar el dolor físico e interior de los demás;
de los amigos que siempre están pendientes de lo que necesitamos, antes de que se lo pidamos. (otras

formas de enjugar el rostro...)

Oración:

Padre compasivo y misericordioso,
perdona nuestros egoísmos,
nuestra falta de solidaridad,
nuestro corazón duro como el pedernal,
y danos un nuevo espíritu que transforme
nuestras vidas, para enjugar los rostros
desfigurados de quienes sufren,
pues sólo así te descubriremos en ellos. Amén.

VII. Jesús cae por segunda vez

Dios del amor, de la bondad y de la total santidad.
Tú nos has hecho a tu imagen, aunque también somos barro.

Cuanto más alto creemos estar, cuanto más pensamos haber subido, más grande será la caída si no está basada toda nuestra vida en la humildad y en el reconocimiento de nuestra fragilidad. Somos templos del Espíritu Santo y, a la vez, capaces de las peores acciones. Sentimos a veces la presencia de Dios en el corazón y un instante después le velamos con nuestra conducta egoísta. Un día estamos en la cresta de la ola del optimismo y al siguiente estamos sumidos en la mayor depresión. A la santidad sólo se llega por una profunda humanidad, por la comprensión, la paciencia, la tolerancia, la compasión, la ternura, la amistad, el perdón. Y, quien no lo vive así, sigue cayendo:

en los gestos de altanería, de soberbia hacia los demás;
en la falta de respeto y comprensión con quienes piensan diferente;
en la carencia de indulgencia ante los errores de los otros;
en la inflexibilidad para pedir de la pena, sin querer buscar la rehabilitación;
en la ausencia de confianza y comprensión entre los padres y los hijos;
en el ver únicamente la paja en ojo ajeno y no la vida en el nuestro. (otras formas de tropiezos...)

Oración:

Padre y Madre que siempre nos perdonas.
Te queremos agradecer el que no seas como nosotros:
duros, soberbios, inflexibles, severos, crueles a veces,
con nosotros mismos y con los demás.
Gracias por seguir con todos otros caminos
de perdón, ternura, consuelo, comprensión, confianza.
Gracias por ser un Dios compasivo y misericordioso. Amén.

VIII. Jesús consuela a las mujeres

Dios nuestro, tu esencia es el Amor, el Cuidado.

En el camino de nuestra vida, que no nos falte tu consuelo.

Jesús fue durante toda su vida consuelo para los afligidos, pan para los hambrientos, ternura para los frágiles, esperanza para los descorazonados, salud para los enfermos. Les decía: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré; aprended de mí que soy sencillo y humilde de corazón y encontraréis descanso en vuestra vida”. Hay un colectivo social marginado al que se dedicó de una forma especial: las mujeres. Rompió moldes en su cercanía hacia ellas, le hicieron descubrir rasgos ocultos del ser humano que aprovechó en su relación con ellas mismas y con los demás; le ayudaron a reflexionar, a comprender y a ampliar sus horizontes mentales y religiosos. Jesús, por nuestro medio, continúa consolando:

a las mujeres que sufren por la pérdida de sus seres queridos por la violencia;
a las mujeres que han perdido su dignidad por las humillaciones sufridas;
a las personas desesperanzadas por no encontrar sentido a sus vidas;
a los hambrientos de pan, en medio de un mundo satisfecho;
a los hambrientos de belleza y gratuidad, en un mundo en el que todo se compra y se vende;
a los cansados por los golpes de la vida y que no ven ninguna salida. (otras formas de consuelo...)

Oración:

Dios de la Esperanza,
permítenos que seamos el medio
por el que Tú lleves el consuelo
a los desesperanzados, los sometidos,
los que sufren, los angustiados.
Que seamos siempre
mensajeros del ánimo de Dios. Amén.

IX .Jesús cae por tercera vez

Dios bueno, que siempre sales a nuestro encuentro.
Abrázanos al volver a casa, arrepentidos y gozosos.

Jesús es el mensajero excepcional de un Dios que no está lejano, y que no vive apartado de la vida humana, allá en sus cielos. Su Abbá es la cercanía misma, la mayor intimidad, la familiaridad, la misericordia infinita, sin término. Perdona siempre y sin pedir nada a cambio. En la parábola del hijo pródigo (o del padre-todo-bondad), a pesar del abandono de su hijo, él sale al camino cada día, para ver si vuelve: muestra un corazón de padre, con entrañas de madre. En el perdón que mostramos con los demás se demuestra si de verdad somos imagen de Dios y seguidores de Jesús, que nos perdona siempre. Así es Dios. Y seguimos tropezando en esta piedra cuando:

no creemos en la acción del Espíritu sobre cualquier persona;
no nos perdonamos ni a nosotros mismos;
no dejamos a Dios aplicar una justicia diferente a la nuestra;
decimos que “perdonamos, pero no olvidamos”;
seguimos pidiendo la pena de muerte;
dictamos sentencia, sin analizar las causas y las circunstancias. (otras formas de perdón...)

Oración:

Oh Dios, que sales siempre a nuestro encuentro,
especialmente cuando nos sentimos perdidos,
agotados, desesperados, desmoralizados.
Ábrenos tus brazos, tu regazo,
para que podamos descansar de los malos momentos
y recobremos así la fuerza y la confianza. Amén.

X. Jesús es despojado de sus vestiduras

Señor, tú nos pides que nos desnudemos de todo egoísmo.
Para podernos poner el vestido del amor y de la solidaridad.

A Jesús le quitaron lo único que le quedaba. Nunca había tenido mucho, a excepción de la amistad, la ternura, la pasión por el Reino, la audacia, la profecía, el amor por los demás y por su buen Padre Dios. Desnudo había nacido a la vida y desnudo volvía al seno de su Padre. Jesús invitaba a sus discípulos a desprenderse de las riquezas para conseguir la perla, a dar prioridad al Reino de Dios y su justicia, a no acumular, a compartir todo lo que se tiene, pues “la generosidad da esplendidez a la persona”, pues dando es como se recibe y ahí está la perfecta alegría. Hoy, no obstante, le seguimos contemplando desnudo:

en las personas en paro, en los campesinos sin tierra;
en los hombres y mujeres sin techo, sin educación, sin atención sanitaria;
en los niños y niñas abandonados en las calles de las grandes ciudades;
en los inmigrantes a los que se les prohíbe venir a nuestros países para trabajar y sobrevivir;
en los países del Sur a los que se despoja injustamente de sus riquezas;
en la Naturaleza agotada por nuestro consumo insaciable; (otras formas de desnudez...)

Oración:

Tú, oh Dios, eres nuestra mayor riqueza.
Aunque queramos olvidarnos de ti y ocultarte
bajo un consumo desenfrenado,
procurando siempre subir y atesorar,
al final siempre descubrimos el inmenso vacío
que nos deja el no vivir sencillamente, para conseguir
lo único que merece la pena. Amén.

XI. Jesús es crucificado

¡Dios mío, hay tantos hombres y mujeres crucificados!
No permitas que los contemplemos con indiferencia.

Jesús no quería acabar así. Su verdadera pasión, su absoluto, fue la predicación y la puesta en práctica del Reino de Dios, mediante otra forma de ser, de relacionarnos y de actuar, personal y socialmente. Su

pasión no se hizo realidad y le pareció todo un fracaso. En la cruz quedaron clavadas sus ilusiones, sus amigos que le habían abandonado, sus andanzas por toda Galilea, sus enfrentamientos con las autoridades, sus fatigas y desvelos. Todo había acabado, y además no sentía en absoluto el consuelo de su Padre: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado”? También nosotros sentimos a veces en nuestra vida la decepción, el fracaso, la traición, la duda, el abandono. Al igual que millones de hombres y mujeres que malviven en las más adversas circunstancias. En nuestro mundo de hoy seguimos crucificando:

+ por la explotación que se sufre en los lugares de trabajo; + por el despido injustificado del empleo; + por el desprecio, el insulto, la calumnia hacia quien consideramos inferior; + por la marginación de la mujer en la familia, en el trabajo, en la sociedad; + por nuestra falta de solidaridad y atención hacia quienes sufren; + por no vivir una vida más sobria, para que otros puedan sencillamente vivir. (otras formas de crucifixión...)

Oración:

Tú eres un Dios que escucha el lamento de los más débiles y oprimidos.

Ante tanto dolor nos preguntamos:

¿dónde está Dios? Y no nos damos cuenta que estás en las llagas, en los rostros desfigurados, en la marginación y en la soledad inmensa de los empobrecidos y vulnerables del mundo. Amén.

XII. Jesús muere en la cruz

Dios mío, tu Reino llama e invita a la vida.
¡Pero estamos rodeados de tanta muerte...!

A causa de la persecución implacable, de las torturas, del hambre, de las guerras, de las enfermedades, de la cárcel, de la vida en condiciones inhumanas, de una Naturaleza cada día más depredada, hay miles de personas que mueren cada año en nuestro mundo. Una muerte evitable si todos nos empeñáramos en que desaparecieran estas lacras humanas. El Reino de Dios, lo más importante para Jesús, debería serlo también para nosotros. Cuando nos preocupamos por los demás, para realzar y potenciar su humanidad, el rostro de Dios se hace real en nuestras vidas. Pero la realidad es que hay muchos rostros deformados por la agonía en la que malviven diariamente. Igual que Jesús, hoy siguen muriendo:

por el consumo irrefrenable de los países del Norte;
por el cambio climático, fruto de nuestra forma de vida;
por la enfermedad del SIDA, sobre todo en África;
por la corrupción, el lucro insaciable de los poderosos;
por la crisis provocada por los más ricos del mundo;
por la voracidad de las industrias multinacionales y farmacéuticas. (otras formas de muerte...)

Oración:

Dios de la vida, tú nos llamas
para que, en la medida de nuestras fuerzas,
construyamos un mundo más justo y fraterno
en el que la muerte no tenga
la última palabra, sino la vida
en abundancia. Amén.

XIII. María recibe a su hijo bajado de la cruz

María, tú que acompañaste a tu Hijo durante toda tu vida.
Enséñanos a seguir su ejemplo y llevarlo a la vida.

María siempre estuvo presente en los momentos más difíciles de la vida de su Hijo. Le ha cuidado, le ha educado, le ha seguido, ha dudado, ha callado y escuchado, ha reprendido... Ahora le toca recibir el cuerpo destrozado, torturado y desangrado de su Hijo. Le recuerda jugando con sus amigos en Nazaret, escuchando atento en la sinagoga, cuando decidió emprender un nuevo camino, cuando volvía a su pueblo tan cambiado, cuando le decían sus familiares que se había vuelto loco, cuando venían noticias de hechos asombrosos que realizaba o de comentarios que decían que estaba endemoniado... ¡Tantas madres a lo largo de la historia han tenido que recoger a sus hijos muertos! Sólo quien ha dado la vida siente con más intensidad el profundo dolor de la muerte de un hijo. Hoy también los bajan de la cruz y los reciben:

las madres cuyos hijos están atrapados por la droga;
las madres que no pueden alimentarlos;
las madres que no pueden sacarles de la miseria;
las madres a cuyos hijos se los ha llevado la violencia, el terror;
las madres cuyos hijos combaten a la fuerza en las guerras;
las madres de hijos desaparecidos por regímenes dictatoriales. (otras formas de acogida...)

Oración:

Dios nuestro, que tienes
unas profundas entrañas de madre,
muéstranos el camino para acoger,
para recibir a quienes se quedan
al borde del camino, para curarles
y que vuelvan sanos y gozosos,
de nuevo, a la vida. Amén.

XIV. Jesús es sepultado

Dios del Servicio, ayúdanos a dar buen fruto.
Por medio de la semilla del servicio y la entrega.

“Os aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo, pero si muere, da mucho fruto”. Así fue la vida de Jesús. La acogida de la llamada de su Padre en el desierto le llevó, por

el impulso del Espíritu, a entregarse servicialmente por los demás, para ayudar a que creciera la vida en abundancia. Todo lo que predicó de palabra lo llevó a la práctica: el mayor que sea el servidor, quien dice que ama a sus amigos tiene que dar el supremo testimonio de dar la vida por ellos. Sólo quien sepulta sus intereses egoístas, alcanza la plenitud y el gozo de la felicidad en su vida, sólo así su corazón se llena del amor de Dios. Pero para eso hay que sepultar:

el egoísmo, el individualismo, la falta de entrega por los demás;
el estar sólo pendiente de nuestros problemas antes que de los otros;
los miedos a enfrentarnos a situaciones de sufrimiento que hay a nuestro alrededor;
la falta de compromiso con el Reino de Dios en nuestro mundo;
el reservarnos por completo para nosotros nuestro tiempo y dinero;
el no querer compartir, con quien lo necesita, lo que hemos recibido gratis. (otras formas de sepultar...)

Oración:

Dios que te entregas a quien se ofrece
por completo a quien te necesita.
Necesitamos aprender a ser granos de trigo,
semillas que sepan sepultarse para dar el fruto
del servicio, de la fraternidad, de la solidaridad,
del nuevo mundo que soñamos. Amén.

Extraído de [Redes Cristianas](#)

Redes Cristianas

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/via-crucis-de-la-solidaridad